

donde la hallareis. Tengamos nuestra esperanza y seguridad en la palabra de nuestro Dios, que está empeñado en proporcionarnos la felicidad en este tiempo en que vivimos, y en la eternidad de la gloria, que os deseo.

Véanse: BAILES.—ESPECTÁCULOS.

## DOCTRINA CATÓLICA.

(OPOSICION Á LA)

*Ecce positus est hic... in signum, cui contradicetur.*

Mira, este niño que ves, está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres.

(Luc. II, 34.)

El Evangelio, amados hermanos míos, nos presenta á Jesucristo proclamándose Dios, y probando que lo es, con el ejercicio de una doble soberanía sobre las almas y sobre los cuerpos. Los escribas y fariseos de entónces no quisieron creer en su misión divina, á despecho de la evidencia y de la brillante publicidad de sus milagros. Jesucristo no muere: vive y se continua aún en sus apóstoles, en su Iglesia, en su Evangelio. Por otra parte, sus impugnadores de entónces tienen también sus herederos y sus continuadores de hoy, Voy á ocuparme de estos últimos, para tratar de mostraros por qué existe esta oposición á la doctrina católica, para qué sirve, y qué reglas de conducta debemos observar con respecto á ella. Imploremos antes, etc. A. M.

1. El primero que se opuso á la verdad católica, es el demonio. No es mi ánimo hablaros de la oposición de ese irreconciliable enemigo de Jesucristo, oposición primordial, madre de todas las demás, ya directa, ya indirectamente. Paso á referirme á la oposición del hombre en su voluntad personal, en su razón obcecada ó culpable.

Hay en nosotros, hermanos míos, dos necesidades igualmente irre-

sistibles: la necesidad de creer, y la necesidad de raciocinar. Para satisfacer la primera, vamos á veces demasiado léjos: preferimos creer demasiado, creerlo todo, á no creer nada, ó no creer bastante. Este es el defecto en que cae comunmente la gente sencilla, el pueblo religioso, bueno, crédulo, pero no siempre bastante ilustrado. De aquí su superstición y sus preocupaciones sin fin, que no dejan empero de ser respetables á causa de su principio. La necesidad de raciocinar nos lleva al polo opuesto, á discutirlo todo, á dudar de todo, á desecharlo y someterlo todo al tribunal de nuestra enfermiza razón, como si ella fuese el criterio final de toda verdad: tal es el extremo á que han llegado los sabios, según el siglo, los prudentes, según la carne, los doctos sin Dios, sin el Evangelio, sin la autoridad de la fé. De aquí el espíritu de duda y error á que me refiero; de aquí la oposición á la misma autoridad de la fé, oposición que deriva evidentemente del orgullo y de las pretensiones exageradas de la razón humana, de su fuerza, de sus derechos, de su independencia ante la misma razón de Dios que ha hablado.

A la oposición de la razón se agrega otra oposición más violenta, más tenáz, más general aún; es la del corazón, que, en punto á doctrina, tiene también sus delirios y devaneos. Aquella se rebela contra el dogma revelado, y éste contra la moral. ¿Por qué el protestantismo y muchas sectas triunfaron en Alemania é Inglaterra? ¿Por qué se reunieron tantos pueblos y tantos países en torno de su bandera? Porque en su bandera estaban escritas estas grandes palabras en letras de fuego: libertad de pensar, libertad de obrar. Creed lo que queráis y vivid como creáis. Mas no sucede lo mismo con la doctrina católica: ésta gobierna el alma y el cuerpo, domina los sentidos, los mortifica, los hace morir. Si la doctrina católica no obligase en la práctica, si no encadenase las pasiones desatentadas, y no condenase el vicio con una autoridad suprema é inflexible, por rico y poderoso que sea el culpable, se la haría poca oposición, y hasta se la ensalzaria, se la bendeciría, y se la concederían coronas á manos llenas. Mas como ella lastima, como manda soberanamente, como acarrea consecuencias prácticas, hay hombres que la impugnan y protestan de ella. Si las verdades matemáticas, decía Leibnitz, obligasen en la práctica, nadie creyera en las verdades matemáticas.

2. Por lo demás, no nos quejemos de esta oposición á la fé católica, cuya causa podeis ahora apreciar. Sus resultados son contrarios á los que se esperaban. Ella produce los mejores frutos; y si ha podido decirse del pecado de Adán, primera oposición á la autoridad de Dios, *ó felix culpa!* otro tanto puede decirse de la de todos sus descendientes. En primer lugar, esta oposición nos obliga al estudio, que



prepara á la ciencia divina, á la teología, y asienta su base; ella sirve para mostrar, que la doctrina católica es el centro de todas las verdades, que de ella sola manan torrentes de luz, torrentes de vida sobre todas las ciencias: ella debe penetrarlas, regarlas, vivificarlas; ellas deben respirar gracias á ella; de otro modo, todo fluctua en metafísica, en física, en filosofía; todo es incierto en historia, en política. Con la doctrina católica, el niño, la mujer sencilla, pueden apreciar el punto de partida de la humanidad, su marcha, su término. Ella es el áncora de la razon humana.

La oposicion produce aún otro resultado; ella ejercita la razon y la acostumbra á la controversia. La razon no dá la fé con sus argumentos, pues la fé es un don de Dios y una luz sobrenatural, y una cosa sobrenatural no puede ser el resultado de una cosa natural, sino que la razon nos conduce á la fé. Ella la prepara y ayuda. La razon no puede explicar el dogma, ni volverlo y revolverlo en todos sentidos, como lo haria con una verdad natural, pues para ello seria necesario comprender lo infinito; pero contribuye maravillosamente á dilucidarlo, á esclarecerlo, á arrancarle de ciertas tinieblas que lo envuelven, á formularlo más explícitamente, si no á formar. Las discusiones de los siglos han servido para arrojar luz sobre la doctrina de Jesucristo, para iluminarla, para hacerla irradiar de vivísimos resplandores. Para eso han servido todas las herejías, todos los errores, todas las objeciones acumuladas trabajosamente contra la verdad católica. En vez de debilitarla, la han dado nuevas fuerzas; en vez de oscurecerla, la han dado nueva esplendidez; en vez de sofocarla, la han dado una expansion inmensa; en vez de desalentarla y de disminuir el número de sus discípulos, la han proporcionado la conquista de millares de apóstoles, de millares de héroes, de millares de genios como los Agustines, los Gregorios Naziancenos, los Basilio, los Atanasios, los Hilarios, los Tomases de Aquino, los Buenaventuras y otros tantos nombres tan santos como gloriosos. Y aún en nuestros dias, hermanos míos, ¿qué vemos entre los protestantes de Inglaterra, en las célebres universidades de Oxford y de Cambridge, si no es el mismo hecho reproducido? Vemos que los ingenios más claros de aquellas memorables escuelas, vencidos por la evidencia, se convierten como niños, en humildes y dóciles discípulos de nuestras creencias católicas, de las que eran enemigos, y con asombro de la Europa, en sus ardientes y magnánimos defensores.

3. Una palabra ahora sobre la conducta que ha de seguirse contra los censores y adversarios de nuestra fé. La primera regla de conducta es ordinariamente callar y abstenerse de toda discusion, en be-

neficio de la religion y de nuestro propio honor; pues, salvo algunas personas respetables y sinceras, los más de nuestros adversarios de hoy son espíritus ligeros, superficiales, más amigos de la paradoja y del ruido que de la verdad. Sus objeciones no tienen siquiera el mérito de ser suyas propias. Su oposicion es una oposicion envejecida, rancia, mil veces vencida: todos los argumentos son de segunda mano, renovados, rejuvenecidos, pero siempre impotentes y siempre pulverizados.

En segundo lugar, conviene responder ó discutir con parsimonia. Seamos rara vez, ó nunca, los agresores, los provocadores, en la defensa de la doctrina de Jesucristo, Ciñámonos á defenderla segun las circunstancias de tiempo, lugar y personas, con prudencia, con tino, con mesura. Este método irrita ménos, y dispone más las almas á escuchar nuestras razones. Imitemos la reserva y el comedimento de los diplomáticos de los reinos y los imperios, cuando defienden los grandes intereses de las naciones. Por otra parte, no todos hemos recibido de Dios los dones necesarios para una discusion elevada. Seamos, pues, reservados, prudentes y parcos en punto á discusiones religiosas.

En tercer lugar, si las circunstancias reclaman que contestemos, hagámoslo con brevedad, pero de una manera perentoria, decisiva y victoriosa. Nosotros no podemos lisonjearnos de confundir á nuestros censores con milagros, como nuestro Señor; pero, á lo ménos, sean obvias nuestras razones, sean luminosas é incontestables. Una sola palabra de sentido ilumina, sorprende, asombra, conmueve y convierte muchas veces, mientras que las demostraciones mas acertadas son estériles. Permitidme uno ó dos ejemplos en apoyo de esta opinion. Si se ataca la divinidad de Jesucristo, responded: Él se anunció como Dios ante el tribunal más imponente de su tiempo; él probó que era Dios, él se impuso como Dios, él fué tenido por Dios, y despues de su muerte, es adorado y amado como á Dios. Por consiguiente, él es Dios, porque si no es Dios, es ménos que un Profeta, ménos que un sábio, ménos que un filósofo: es un impostor y un loco; pero el autor del Evangelio, seria un loco ó un impostor!!! Esto no podriais decirlo, no quisierais sostenerlo: su vida, sus milagros, su muerte, sus doctrinas, todo se levantaria contra vosotros... Jesucristo, pues, es Dios; su mision, pues, es divina. Si se atacan los milagros del Evangelio, valeos de este dilema de S. Agustin: O estos milagros son verdaderos ó son falsos; si son verdaderos, la religion es divina; si son falsos, entónces esta misma religion seria el milagro mas sorprendente de todos, pues el cristianismo es un hecho inmenso en el mundo.



Finalmente, discutamos con caridad. Pueden combatirse los errores y las opiniones si son falsas y peligrosas; pero respetemos las personas y las intenciones. Seamos comedidos en nuestra polémica, y desterramos la violencia, la pasión y el odio. El arrebato no convierte; ganemos el corazón para ir al espíritu.

Acabo de hablaros, hermanos míos, de la oposición á la doctrina de Jesucristo, y al hacerlo, tenía la conciencia de que no estaba aquí nuestro gran mal actual. Nuestra enfermedad de hoy es la indiferencia práctica. Hay una clase de hombres, harto numerosa hoy en día, cuya vida cristiana consiste únicamente en quitarse el sombrero á la religión en circunstancias solemnes y oficiales, para nunca acordarse de ella en los pormenores y en los asuntos ordinarios de la vida: aun se dignan rendir á la religión un homenaje público en las ceremonias públicas, pero la cierran las puertas de su interior. En cuanto á nosotros, hermanos míos, procuremos que no solamente se vean en todos nuestros principios, sino que se sientan en todo, y tengamos un amor invariable á nuestra fé. Vivamos en la unidad en cuanto al dogma, á la moral, á la esperanza, á fin de ser un día consumidos, con los escogidos de Dios, en la unidad de la gloria y felicidad eternas que os deseo.

DOGMA, véase MISTERIO Y MORAL.

## DOLOR.

(MISION DEL)

*Duros corporis sustineo dolores, vero libenter hæc patior.*

Sufro atroces dolores; pero los padezco de buena gana.

(II, MACAB. VI, 30.)

Quando se dice, que Jesucristo vino al mundo, para regenerar el género humano por el dolor, pocos comprenden este lenguaje. ¿Qué

es el dolor? se pregunta; y ¿qué relacion puede tener con la regeneración del género humano? Hé aquí lo que muy pocos entienden. Y, sin embargo, es la cosa más sencilla, la más natural del mundo.

Jesucristo, al venir á este mundo, eligió el dolor, porque solo el dolor podia sacar el género humano del fango de la tierra, y elevarlo hasta Dios.

Para regenerar al hombre, no se necesita más que una cosa: el dolor; hé aquí por qué Dios, padre del género humano, para engrandecerle y elevarle hasta su trono, introdujo el dolor en el mundo.

¿Qué es, pues, el dolor? ¿Cómo puede el dolor regenerar al mundo? ¿Cómo ha podido Jesucristo, por medio del dolor, hacer progresar á la sociedad humana toda entera de un modo asombroso? Hé aquí lo que voy á demostraros hoy.

El dolor es un vasto océano, en el cual navega el género humano. Cuando se le ha recorrido á derecha, se le puede recorrer á izquierda, y en todas direcciones, despues de lo cual se adquiere la convicción, de que nunca podremos sondear todas sus profundidades.

Pidamos á Dios su auxilio, para que sepa yo explicar y vosotros comprender la regeneración del hombre por el dolor de un Dios. *Ave Maria.*

1. Dios es quien, en un doble sentimiento de justicia y de amor, introdujo el dolor en el mundo.

En un sentimiento de justicia.

Quando vosotros presenciáis esos escándalos, esos desórdenes, esos sacrilegios, que cubren la haz de la tierra, experimentáis un sentimiento de indignación; pues por ese sentimiento vuestro, juzgad cuál debió ser la indignación de Dios, el día en que el pecado apareció en la tierra. ¡Ah! Si Dios no hubiese escuchado sino á su justicia, hubiera dejado el campo libre al mal, lo hubiera abandonado á sí mismo; y como el mal de suyo es devastador y desorganizador, no tenía más que dejarle obrar, para que el género humano espirase en su miseria.

Felizmente el amor velaba, y velaba también la misericordia. Por muy miserable que fuese el hombre pecador, era hijo de Dios; por marchitada que estuviese esta flor, aun podria reverdecer un día, á fuerza de cuidados, y á Dios fácil le era encontrar un medio para reparar el mal, y volver al hombre á la fecundidad divina.

Hé aquí lo que Dios hizo: compadecido de la posteridad de Adán, aunque resuelto á castigarla, cual cumplia á su justicia, queriendo, al ménos, suavizar el porvenir, alimentar la esperanza y dejar al hom-